

Tayeri, Jueves 10 de Marzo, 1977

La meditación también crea una adicción. Espero con ansias esa hora de la mañana, cuando después de haber ingerido el café a solas y con único fondo de sonidos, los de la selva, cierro los ojos y encuentro un movimiento dentro del movimiento.

La falta de soledad te puede volver loco. Los Yanomami me rodean, golpean a la puerta de mi pequeño rancho, se asoman por la ventana, o bien me miran fijo cuando leo. No pueden entender cómo, porqué, yo, a veces quiero estar solo. Ellos solicitan mi constante atención, ~~XXXXX~~ ~~XXXXX~~ Quieren objetos, promesas. Llegan al extremo de regalarme su comida para luego pedirmela y sentir la honra de haber recibido de mí, esa rara ofrenda como duplicada por un espejo: el reflejo de un don. Raro placer de alegrarse por el ofrecimiento de algo que se poseía antes de iniciar el intercambio. Me dan las frutas que recogen en la selva, para luego comerselas de mi canasto sobre mi ~~XXX~~ mesa.

---

El video-tape no puede considerarse Arte, a no ser que se borren de él los pasos descritos durante su producción y conversamente se aprofundice en aquella transformación que aconteció en el realizador. No se busque mostrar las aventuras y dificultades exteriores al trabajo mismo, ni los elementos de ese proceso; sino la transformación interior del supuesto artista en busca de una iluminación que se comunica, no ~~con~~ toda su carne, sino con su estructura y mediante símbolos que reducen la complejidad de ese acontecer a un lenguaje digerible de formas visuales y sonoras.

Es posible un documental que desmenuce el cotidiano quehacer:

- 1.- Científicamente: decifrando el código cultural de determinada tribu;
- 2.--Artísticamente; confrontando la subjetiva conciencia del artista con el misterio impenetrable de lo ~~ka~~ Total Desconocido del cual sentimos un

*JUAN DOWNEY 146 W. 26<sup>TH</sup> ST. NEW YORK, N.Y. 10001*

ansia inmemorial e insasiable , y formulando esta confrontación, de manera simbólica.

---

A TRIP TO KAROHI

Antes de ayer, Hebewe, bello Karohi-teri, marido de Tabrobemi; HISOKOIWA, marido de Subama que se precipita a la ceguera y yo, caminamos hasta Karohi, supuestamente para asistir a la curación shamánica del hijo menor de Turayew "leader" político y religioso de esa comunidad del río Manauviche. Además de la cámara fotográfica y la grabadora de sonido, yo llevaba un hacha que regalaría a Turayewe como iniciación de un intercambio en el cual yo estaba supuesto también a proveer medicinas para la malaria y el resfrío corriente (Aralén, cloriquina y aspirinas) a cambio de poder "noreshi towai" (fotografiar) ~~en~~ o literalmente, tomar los reflejos o sombras, de los chamanes de Karohi mientras estos se ocupaban de los espíritus.

Durante nuestra bella caminata por el estrecho sendero que serpentea a través de la húmeda maraña vegetal ( cinco u ocho kilómetros) que separan Tayeri de Karohi, a penas pude tomar fotografías, tal era la velocidad del recorrido de mis acompañantes. En vano les expliqué mi dolor de pies debido a heridas infligidas por anteriores caminatas sin zapatos en la selva. Esta ~~vez~~ vez para no lastimarme usé los últimos zapatos que me quedan, ~~pero~~ pero ya su estado es calamitoso y deja mucho que desear y me veía forzado a arquear los dedos para ~~forzar~~ <sup>sostener</sup> los desvencijados zapatos ~~a~~ ~~permanecer~~ alrededor de mis pies, lo que me produjo dolorosas ampollas. Si me detenía a tomar una fotografía por escasos segundos, los Yanomami con cantos y risas protestaban por mi lentitud. Les expliqué de mis ampollas.

- "Deshazte de los zapatos", me respondió Hebewe con alegría..

Los Yanomami fueron conmigo jocosos y tiernos. No vi la violencia sanguinaria de la cual había leído, ya que a mi llegada al territorio Yanomami, como bien describo en otras páginas, la guerra por el dominio

<sup>fiatso</sup>  
JUAN DOWNEY 146 W. 26<sup>TH</sup> ST. NEW YORK, N.Y. 10001

- 3 -

físico, había sido remplazado por una enemistad de los espíritus. Del flechazo o golpe que perfora la piel y derrama sangre, se había entrado al ciclo de los devoradores de alma y los grandes chamanes: se convertirían en seres más dañinos que un grupo de excelentes arqueros; o incluso que las preciadas armas de fuego que los misioneros reparten a aquellos indígenas serviles del avasallador imperialismo cristiano.

---

Anoche desperté atenazado por una pesadilla . Soñé otra vez que las dos lesbianas que viven en nuestro loft de New York, se apoderaban de este en complicidad con el "landlord" y se negaban a devolvernoslo el 15 de Arosoto como acordado. Me sentí extrañamente descansado una vez despierto; tanto, que pensé que se acercaba el amanecer y encendí la radio. Para mi sorpresa, escuché las noticias de medianoche: el gabinete de Pinochet ha renunciado en pleno, Pinochet es acusado internacionalmente por violación de derechos humanos y musulmanes negros han tomado por las armas varios edificios de gobierno en Washington D.C., guardando como rehenes a 100 empleados. ~~¿~~ ¿Será posible tanta felicidad? Hoy día , la <sup>mañana</sup> mañana siguiente, lo de Pinochet me parecía una posible realidad; pero Washington D.C. aterrorizado por los musulmanes me parece algo soñado, un elemento anárquico que hay en mí y que yo quisiera ver en acción. !Qué maravilla sería si el Imperio de USA se derrumbara de veras y nuestros países de Latinoamérica fuesen libres de veras! !Que orgullo sentiría yo por los negros si estos dominasen! !Y que miedo también a su racismo , a esa venganza en los blancos que no será menos cruel que todo el dolor que estos por siglos han infligido en aquellos. ¡Cada gota de explotación será pagada!

---

Pero volvamos atrás en la línea del relato ; o bien reiniciemos otro ciclo en el relato de mi viaje a Karohi. Decía que caminaba acompañado de Hebewe y de Hisokoiwa con destino a Karohi cuando reconocí el lugar donde 10 días

*JUAN DOWNEY 146 W. 26<sup>TH</sup> ST. NEW YORK, N.Y. 10001*

antes habia sido amenazado ; ocasión en la cual (como acostumbro frente al peligro ) no sentí una pizca de miedo . Sin embargo, aquel preciso lugar de la selva, se grabó en mi memoria, cosa que no acostumbro, ya que toda la selva me parece ~~idéntica~~ demasiado idéntica a si misma, como para recordar este o aquel árbol.. Rara vez memorizo con tal precisión la calidad del humus, el color de las cortezas, etc, como fué en tal ocasión de peligro.

Lo mas extraño acerca de la eventualidad de que los musulmanes hubiesen tomado un edificio del gobierno en Washington D.C. es que no tengo posibilidad de comentarlo con nadie y esta ausencia de todo posible diálogo, me hace sentirme como en un sueño dentro de otro sueño. Anoche, ¿desperté yo realmente a medianoche completamente descansado y escuché la radio? O bien, escuché realmente las noticias de Chile y luego me dormí y en sueños creí escuchar la delectable noticia de la acción anárquica de los negros musulmanes ? No puedo ni siquiera comprobar con otro ser humano si estos sucesos son medianamente capaces de suceder o si me he vuelto completamente loco y creo escuchar en la radio, a oscuras, lo que profundamente deseo con una parte de mi corazón , la caída de Washington? Porque en cierto sentido no me conviene debido a mi origen ~~burgues~~ social en la alta burguesía; ni conviene tan violenta caída, a mi arte ni a mi carrera. Más me conviene, hablando egoístamente , una socialización humanista de nuestra sociedad, transformación cultural en la cual yo ocupara un papel honoroso de catalista estético.

Quizás en estos meses apartado de la civilización, he perdido completamente la cabeza y un programa de ~~mi~~ radio escuchado insomne se convierte en una realidad en más de un nivel de consciencia. ¿Es el mito contemporaneo de la anarquía un arquetipo en mi tan poderoso que lo proyecto consciente?

!Qué ganas de encontrar a alguien de mi cultura y discutir estas posibles eventualidades!

JUAN DOWNEY 146 W. 26<sup>TH</sup> ST. NEW YORK, N.Y. 10001

Explicarle a un Yanomami la importancia mundial de Washington o el significado de los Black-Muslims o el impacto de este hecho en la comunicación de masas, sería imposible. !Cómo ansío la presencia de alguien capaz de medir el juego de mis creencias y miedos! !Cómo quisiera regenerarme con el intercambio de este tipo de ideas. Y, por otro lado, también gozo esta desconexión de Occidente, este desyuntamiento , desrape o como quiera llamarse. Ya ni siquiera se a que nivel de consciencia me he desplazado. ?Dónde estoy siendo?

Otro ciclo de mi viaje a Karohi. Cuando ya nos acercábamos al Shabono de los Karohi-Teri , Hebewe se detuvo para arreglarle el pelo, vestirse los biceps con frondosos brazaletes de plumas negras y rizadas de paují y colgajos de variados colores de loro y reordenar las flechas en su mano y hacer de esta manera, erguido y desnudo entrada triunfal en la plaza central del shabono de sus padres. Yo le seguía, occidental con ropas, traspirando, con anteojos , con camara y grabadora , con zapatos rotos y mi andar desgarrado . Hebewe cruzó la plaza central, bello como un pavo real con un sol de media mañana, ya que habíamos salido de Tayeri al alba, y se dirigió al lugar, bajo un segmento del paravientos, donde habitan sus padres.

Yo vascilé en el medio de la plaza central, sin saber si seguirlo, pero de inmediato vi una mano que se agitaba invitandome. Era Turayewe en el que no supe reconocer el orgulloso líder, debido al estado de tristeza en que él y su mujer se encontraban por la enfermedad del niño.

Más de un Yanomami me ofreció carnes de volátiles y cuadrúpedos y una hamaca para descansar. Al cabo de un gran rato , se había iniciado un drogec en el que casi todos los hombres (chamanes y no-ehanmanes compitieron en intensidad; para dar paso luego a una de las mas activos y desesperados intentos de curación ~~psíquica~~ que he presenciado . Actuaban ( y bien digo, "actuaban " porque el chamanismo Yanomami es, a más de espiritual, en cierta medida teatral) alrededor de diez brujos que se alternaban , individualmente o en pares, para arrancar

JUAN DOWNEY 146 W. 26<sup>TH</sup> ST. NEW YORK, N.Y. 10001

\*drogec = taking of drugs

los males que habitaban el cuerpo diminuto y pálido del hijo de Turayewe. Cánticos en grupos desenfrenados que decayeron como una hora después cuando el efecto de la droga decreció para reverdecer en melodías y alaridos después de una nueva ingestión de halucinógenos. Esta vez se acercaron los hombres más jóvenes (no-brujos) y participaron en la toma de halucinógenos desde un lado. Se encontraban casi todos bastante inmersos en aquel extraño mundo cuando el niño murió, no en los brazos de su madre sino en los de una pariente cercana que debido al agotamiento de la madre la había reemplazado en sostenerlo durante su curación. En el momento en que la vida de ese niño se evaporó, simultáneamente el chamán se detuvo. Inmediatamente la madre se avalanzó y arrancó de los brazos de su ~~primera~~,  
prima el cuerpo ~~blanco~~ pálido verdoso ya inerte pero aún flexible y ya no contuvo su dolor, sino que gritó su llanto e increpó a los chamanes por su falta de poder ante la muerte. Estos enmudecieron de súbito, como avergonzados; los que estaban de pie se encluyeron en el mismo sitio en el que los sorprendió ~~tan~~ esa muerte, y en total silencio, dejaron viajar sus mentes halucinadas por extraños senderos alumbrados. ¡Oh, extraño ciclo de muertes y nacimientos que los yanomami son tan aptos a llorar y celebrar en cada ocasión! Ciclo del cual son tan conocedores y parecen tan profundamente conmovidos en el instante en el que sucede y luego, instantáneamente, tan bestialmente indiferentes recuperan la rutina cotidiana, como si nada hubiera ~~en~~ cambiado, el misterio de la aguda exclamación de esa madre razzada por la constatación de un ciclo más terminado, otro hijo muerto., Este, me aseguraron, de muerte natural y no de muerte chamánica.

El cielo ya ~~ya~~ nuboso, se cubrió completamente y el sol de mediodía dió paso a una lluvia delgada. Esa tarde entera fue gris. Turayewe y su familia se enredaron en una llantina rítmica como cántico o rezo. Mucho ~~en~~ antes de que empezara a oscurecer prepararon la fogata en la que habían de quemar, en medio de una lluvia que caía a ratos, el cuerpo de ese niño envuelto en un canasto. Guardo de este evento una cinta grabada y fotos  
NUE ~~XXXXXX~~

que no me impidieron tomar ya que me mantuve distante. Pero Turayewe estaba tan entristecido que no tuve valor de acercarme y regalarle el hacha pesada que le había traído a través de la selva. Una vez que las llamas apenas devoraban el cuerpo del niño, iniciamos un silencioso regreso a Tayeri. Silencioso comparado con otras excursiones Yanomami que acostumbradamente son llenas de algarabías. Este relativo silencio, no solo se debió al rito de la cremación que se desarrollaba a nuestras espaldas mientras nos alejábamos, sino a la lluvia mas torrencial que esta luna nos ha deparado, como si al salir de Karohi la temporada seca hubiese abruptamente terminado. Esta vez eramos muchos. Iniciaba yo la fila con mi paso cauteloso y dolido, seguido de un número de voces que protestaban por mi lentitud en medio del agua que caía despiadadamente sobre el saco que contenía mi cámara y mi grabadora. Tanta humedad no dejaba de inquietarme.

Entre los que me seguían venía aquel Karohi-teri que quería venderme su mujer sucia ( cien veces vendidas ya a los curas, a los empleados de Malaria, o a los del Ministerio de Minas) por un cuchillo. ¡Que triste se veía la pobre con un vestido andrajoso en medio de la lluvia! Vestido humillante que le había regalado una Misionera, en pago por haber acusado a un empleado de Malaria de haberle pagado por un acto sexual! Extraña prostitución la que generan las Misioneras al pagar a las indigenas por denunciar a los que las fornican. Me explicó esta pobre Yanomami sucia que desde que las Misioneras iniciaron esta policía secreta de la sexualidad, ella se vende más y más, ya que las Misioneras la incitan a venderse al ofrecerle regalos a cambio del nombre del que acepta el ofrecimiento de su marido. El intercambio de mujeres que es voluntario pero discreto entre los yanomami, lo ha convertido el cristianismo en en un comercio sórdido. Ahora la indígena tiene un doble incentivo y además ensucia lo que antes le era natural, ya que recibe un doble pago: primero de manos del hombre que la posee y segundo de manos de la Misionera morbosamente deso-



más pálida.

Me extendí en el agua cara al cielo y me sostuve a unas ramas ondulantes y sumergidas y fui la corriente misma. ~~con el rostro prominente~~ Con el rostro prominente sobre la superficie líquida miraba en el cielo un pasar de nubes que corría transversal al agua. El movimiento que ~~era~~ con intensidad percibía en las retinas era perpendicular a la sensación táctil que me daba el agua corriente en todo el cuerpo. También el crepitar de los insectos y el canto de los pájaros que de por sí aumenta a esa hora, parecía más voluminoso o claro que nunca antes. Luego, moviendo lentamente mi cabeza ~~hacia~~ hacia atrás hundí en el agua mis dos orejas y el imperio de sonidos era otro. Habían ~~ya~~ golpes precisos y repetidos, desplazarse de peces, casi cantos que percibía detrás de mi nuca, primero por la oreja derecha y luego la izquierda, escuche lenguajes y trabajos ~~sus~~ sumergidos. Moví mi cabeza entonces apenas dos centímetros hacia arriba y al emerger mis ~~mis~~ oídos sobre la superficie del agua, traspasé un umbral, pasé de los sonidos del agua a los sonidos de la luz. Fué como nacer con un sutil amanecer difícil de percibir por la sencillez de sus elementos ~~que~~ casi inadvertibles.

La soledad es un extraño vicio!

---

Hay diferencias entre el Arte de Video y documentales hechos con Video-Tape, si ~~el~~ video-tape entendido como el Arte de la diferencia Cultural.

El video-tape no puede designarse arte, sino a condición de que presente a través de símbolos las tramas vivas en la consciencia del artista y la confrontación de estas con uno o varios contextos culturales, .

Un documental etnográfico hecho con video-tape puede mostrar el proceso analítico y decodificador del sistema simbólico de ~~determinada~~ determinada ~~su~~ cultura o sea de de aquello que fué el trabajo de terreno, cada fase del proceso de interlocución entre el documentalista y el sujeto observado.

Mi discurso estético, vía video-tape, ofrece el resultado de un proceso de decodificación de una cultura y el proceso de interlocución entre sus mitos y los mitos de mi consciencia subjetiva. En el arte de video se debe borrar toda huella de los trabajos emprendidos durante esta introspección donde se yuxtaponen los conceptos de comunicación de masas con los de tribu, magia, sobrevivencia natural. En un documental pueden interesar los anécdotas que siempre rodean tal tipo de aventura; pero en el Arte solo interesa emitir un mensaje firmado en respuesta a una señal recibida. El discurso estético debe parecer una hipótesis (no necesita pruebas) o convertirse en un símbolo que se sostendría aún en la ausencia del enunciador. La obra de arte no necesita un decodificador, cada receptor interpreta y recrea.

---

El uso de la mentira para manipular una situación política, es corriente entre los Yanomami. A los numerosos espías de los Salecianos, aprendí a mentirles para luego ~~expresar~~ conseguir información relativa a esa mentira, pero ya exagerada y aumentada por la estructura de espionaje. ~~Así como se utilizaban~~ De esta manera, podía detectar y evadir los circuitos de información utilizados por ellos. Las perturbaciones que ~~constantemente~~ los Salecianos constantemente dirigían a mi trabajo, fueron así apartadas metódicamente. Lo que más temen los religiosos es la ciencia y los medios de comunicación masiva. Ya que mi quehacer estético les parecía sospechoso o un peligro, lo disfraqué de investigación retinal y de periodismo.

---

En la soledad, al principio, creí enloquecer. El decrecimiento de entradas occidentales a mi sistema neurológico acarreó una confrontación desnuda con mis viejos fantasmas. Los viejos problemas se presentaron descarnadamente y ahora ~~que~~ me encuentro sin armas, desnudo, soltero, sin hijos para mitigar la presión demasiado real de tan profunda introspección. Al observarme actuar, fui alterando tales estructuras subjetivas y piedra a piedra reconstruí el edificio

de mis propósitos. ? Cómo vivir en una sociedad primitiva cuando aquellos con quienes viniste a compartir un estilo de vida arraigado en la selva y sus espíritus , se te acercan llenos de ternura pero también con constantes ~~exigencias~~ exigencias cuya satisfacción engendraría la destrucción de esa misma vida que admiras?

Te piden cualquier cosa:

- "Frépmame una pelota o la radio"

- "Dame medicina para el dolor de cabeza o mañoco"

- "Por grabar una cinta de mi brujeo, págame con un hacha, dos machetes, una palanquana o bien, dame dos bolívares". (*bolívar = venezolano money*)

No hay medida o equivalencia. Quieren cualquier resabio de aquella otra cultura, la extranjera, la no-yanomami, la que yo odio.

No hay medida ni término a la lista de ~~xxx~~ peticiones. Si les das A, quieren B, luego C y etcétera o por lo menos la promesa de una serie abierta de regalos

Quieren mitiçadores, analgésicos, todo aquello que les acerque a la realidad extranjera y sin embargo a esa realidad extranjera la consideran impura y mezquina. Mas aun esa realidad extranjera destruirá lo que ellos mismos son.

!Cómo no ~~dx~~ dejarse dominar por su alegría estrepitosa o por la tierna ofrenda de un pedacito de pescado y plátano azados! !Como no ceder entonces ante las interminables demandas de arepas, arroz, chocolate!

-----

*arepa = venezuelan tortilla*

Tayeri, Viernes 11 de Marzo, 1977

Si algo perdido ya para siempre, pudiera volverse a perder; digamos la repérida de una cosa aun no reencontrada; éso, me sucedió a mí en el Alto Orinoco:

perdí la fe al cuadrado! Antes, para perder la fé completamente, me fué necesario ir al Vaticano para dejarme deslumbrar por el fastuoso lujo en que viven los Príncipes de la Iglesia y constatar que el Cristo de los Pobres y sus enseñanzas han sido vilipendiados por el lujo burocráticamente protegido del Papado.

"Idso facto" yo ya había perdido la fe en esa Iglesia que en su comportamiento semeja mas a una Compañía Transnacional\* que a la hermandad de justicia fundada

\*MULTI NATIONAL CORPORATION



Tayeri, 12 de Marzo de 1977.

Entonces, mi admiración por la sabiduría indígena, es motivada por una ansiosa búsqueda de valores humanos primógenos. Un anhelo de quebrantamiento de los valores occidentales y propios; un deseo de ~~cair~~ calar hasta el hueso, de apartar nervio de arteria.

Quiero la soledad y esta me horroriza. ¿Que significa el aislamiento? Ha llegado el tiempo de una difícil transformación, a fuerza del apartamiento del alcohol y de todo aquello que en nuestra civilización deforma la realidad. El comportamiento es la exteriorización de un ser, que construyó para funcionar una infra-estructura, de la cual pasó a ser dependiente. Luego, esta infra-estructura (objetos, condicionamiento social, cultura) pasa a determinar ese comportamiento que supuestamente debía sostener: los factores alteran su producto. Al alejarse uno de esa infraestructura, nuestro comportamiento se precipita en una ansiosa búsqueda de identidad. El primer apetito es el del diálogo con interlocutores que regeneraban dicho comportamiento; y, en general, se manifiesta en una voracidad por todo aquello que alimentaba la ~~concepción~~ concepción que tenemos de nuestro propio ser.. No es la percepción de otros ámbitos, otras personas ni la de los vínculos o apertura hacia aquellos, los que extrañamos, sino los reflejos aunque deformes de la propia identidad.

El significado fundamental de la soledad es pues, la ausencia de espejos.

Los Yanomami buscan mi amistad, primeramente porque yo les doy acceso a un sinúmero de herramientas de acero, comestibles y medicinas; y muy en segundo lugar porque les hago ver y escuchar documentos de su propia cultura. Tengo, por ejemplo, varios libros ~~con~~ ilustrados sobre indígenas. Aquellos ~~acerca~~ acerca de los Yanomami, los pueden gozar interminablemente; así mismo las transparencias\*, y las cintas grabadas de otros chamanes... Los libros que se refieren a otros indígenas les aburren algo. Los video-tape de otras sociedades no les despiertan mayor interés a no ser por los ~~objetos~~ objetos deseables que en ellas aparecen: guitarra, lancha a motor, escopeta.

\*transparencias = slides

La cinta de video no-yanomami de más éxito es la de los Guahibos, estos indígenas y su ambiente natural, siendo vecinos geográficos, les permiten, en cierta medida, una auto-identificación. Es pues evidente que lo que buscan en los medios de comunicación masiva es un catálogo de bienes de consumo y un reflejo de sí mismos.

~~Yxxxxxxxixdxxxxwxxxxxixkxxxxxpxpizxxxxxwxxxxxwxxxxxixmxxxx~~

Yo salí de nuestra cultura, sobre-alimentado de sombras propias; pero una vez que la memoria de éstas se azotó, las defensas están bajas, el ser mío débil, y anhelo la ~~xxxxxx~~ presencia de Marilys o en su ausencia, la de algo o alguien que me asegure que todavía hay ciudades, barrios donde potenciales interlocutores míos se empeñan en proporcionar una síntesis simbólica de la experiencia estética. Tanto los Yanomami como yo crecemos en una dependencia de la radio en la medida que esta mitiga la soledad al presentar ecos de ~~xxxxxx~~ mi mismo y una proliferación de bienes de consumo.

~~xxxxx~~ Es pues ahora, la larga espera de cualquier diminuto reflejo, ya que terminadas las pilas y los rollos fotográficos, no puedo hacer video, ni cintas de sonido, ni fotografías: trabajos que ciertamente me justificarían. El trabajo, en la cultura nuestra, en la misma medida que es una justificación, es también una necesidad de interlocución, que también mitiga a cualquier posible culpabilidad. Y esa culpabilidad es congénita de los occidentales y no del ser humano. Los Yanomami no sienten ningún rasquemor a la flojera, solo el hambre ~~ix~~ los mueve. Lo verdaderamente humano no es pues lo que hacemos para ~~justificarnos~~ justificarnos, sino para satisfacer una necesidad tan directa como el hambre. ¿Cuáles son nuestros verdaderos hambres y no los adquiridos? ¿Es la búsqueda de sí mismo demasiado egoísta?

Tayeri, Sabado 12 de Marzo, 1977

Hoy regreso Mashitowe. Su padre vino jubilante a anunciarme cuando yo ya bajaba el barranco atraído por el ruido de la canoa a motor del servicio de ~~xañ~~ Malariologia, cuyo ruido ~~yo ya habia escuchado hace~~ ~~hacia~~ ~~hacia~~ remontando



tivo y bruscamente quebrantado es por lo menos formalmente parecido.

Hoy Bokotawe ( el líder religioso ) desplegó un acto de magia, con una admirable economía de objetos , que nos hizo percibir la presencia de un sinúmero de espíritus o de cuerpos virtuales, frente a los cuales desarrolló actividades de repulsión, expulsión y exterminio; en los cuales envió a los demás chamanes de esta comunidad para describir con ellos una segunda vuelta de exorcismo del shabono; ésta, de teatro colectivo y más magistral aún que la primera. A todo esto, en el shabono , teatro de muchos niveles, acontecían otras realidades. Después de un breve descanso, el Yanomami que recién había regresado, procedió a quitarse su ropa estilo Harlem, para columpiarse en su hamaca luciendo su ropa interior: camiseta  $\text{xxnx}$  naranja y calzoncillos color amarillo. Más tarde comenzó a comunicarse con su hermano menor que aun vive apegado a los brazos de su madre, los que terminó por abandonar por los cariños del recién llegado.

El enfermito empeoró y llegaron refuerzos de Karohi: la abuela del niño  $\text{xxnx}$  y otro chamán que también intentó su curación. Una bella joven trataba de inducirme a regalarle sardinas y mañoco.

-----

Hoy debe ser Domingo. Tengo gripe y una fiebre altísima. Se acabaron las aspirinas hace varias noches. Aunque la temporada seca  $\text{xx}$  ya vislumbra su fin con lluvias cada tres o cuatro días , el río sigue bajo y nadie remonta  $\text{xx}$  hasta tan arriba. No puedo dormir ni levantarme. ¿Tendré malaria? ¿Cuántos días pasarán antes del próximo bote? ¿Cuándo volverá Marilys? ¿Es que estoy definitivamente solo? ¿Soy abandonado?

Anoche soñé que moría. Pero fue el niño enfermo que quien murió. Parece ser un virus muy fuerte ya que no parecía debilitarse cuando aun nos quedaban aspirinas.. Algunos Yanomami me culpan a mí de esta ola de resfríos por haber quemado mi basura. El humo es peligroso. El niño era hijo de Hebewe.

Makokoiwe me despertó al amanecer. El Orinoco se destejía en vahos. Cazó una lapa (roedor de unas cuarenta libras de peso) preñada. El feto ya estaba por nacer, su madre alimentará a los amigos y parientes de Makokoiwe, incluso a mí; pero aunque la existencia del feto en el vientre del animal cazado, es signo de buen augurio, Makokoiwe no probará de su carne so pena de convertirse en un mal cazador; prohibición ritual. El cazador orgulloso me hizo levantarme antes del sol y descender al río, pero él no tocó el animal. Makokoiwe tenía frío, ~~xxx~~ hicimos fuego y café. Le encargó a un niño de diez o doce años ~~que se encargar~~a de cortar y limpiar el animal muerto. Este niño la limpió meticulosamente, pero no habría de probar esa carne tampoco: no solo el cazador debe obedecer a una prohibición ritual sino también el carnicero. De esta manera los Yanomami comparten y distribuyen los bienes. El joven carnicero, primero ~~subió~~ ~~la~~ ~~lapa~~ ~~recién~~ ~~muerta~~. Luego la subió cerca del fuego y con agua hirviendo la afeitó por completo. Luego regresó al río donde abrió el vientre, extrajo el feto ya bien formado, introdujo hojas en el ano y haló las entrañas llenas de excrementos. Subió la lapa cerca del fuego. La mitad posterior de la lapa fue trozada y hervida. La parte delantera fue dejada cruda para más tarde ser ahumada y luego zancochada.

El "Shabono" Abandonado

El edificio circular fue comido por la hiedra y devorado por la niebla. La pudrición deshizo la estructura. El paravientos redondo perforado por la lluvia, destejido y tumbado por vendaval y tormenta. Pájaros de cola fosforescente lo cruzan en su vuelo y la plaza central que antes vio bailes circulares o desfiles emplumados de armamentos es hoy poblado de arbustos, escondrijo de lavartos, claro en la selva que ya cicatriza. La foresta avanza y corrompe lo construido por manos de indio que en su sabiduría buscaban una morada frágil para que el orden de la selva permaneciera intacto:

## DIBUJANDO CON LOS YANOMAMI

Arriba de mis ojos hay una esfera que alumbra sin calor, sin cambio, constante en su misterio. Quiero penetrar esa esfera o dejarla crecer, pero caigo en olvido. A veces, la luz aparece desde el centro superior de mi cráneo, y se reparte por la piel hacia abajo. ¿Es eso el principio vital mismo? ¿Por qué se consume?

*Viví sucesivamente con dos comunidades Yanomami del Alto Orinoco, Bishaasi y Tayeri, desde noviembre de 1976 hasta mayo de 1977; período durante el cual hice los dibujos de la presente exposición, basados en mis propias meditaciones cotidianas, y también en la cosmología de estos indígenas. Aquí, arte es el documento de un proceso, y no la manipulación de materiales pasivos. Durante este tiempo, también escribí este texto.*

## COMER EL PRINCIPIO VITAL INMATERIAL

Hukobatawe camina diez metros, gira, enarbolando flecha, tensa el arco y apunta con exactitud. El cuerpo de apariencia frágil, en relación a la envergadura de las armas, es inesperadamente fuerte. Solo el taparrabos rojo tiembla. Todo Hukobatawe es decisión, en ese instante su ojo se aguza, no vacila. Los mosquitos inundan la atmósfera caliente. Se escuchan los grillos o el destello fosforescente de un lagarto que cruza la alta ribera, contra la que el río Orinoco (caudaloso en esa temporada de lluvias) vira y recibe la afluencia del Mavaca, de cuya cabecera es originario Warishewe: el *shamatari* que ahora, en cuclillas, ignora la flecha precisa que ya soltó la mano dura de Hukobatawe. La caña recta en sus dos metros, penetra el aire con su punta envenenada y describe un helicoides en su viaje, impulsada por las plumas curvadas de la cola. Se entierra en espiral en el torso desnudo, con un chasquido seco como el golpe de la cuerda contra su arco, y antes de un grito, ya la sangre corre sobre la piel contraída y la hierba verde, límpidas.

Hukobatawe huye mientras los *shamatari* le prometen vengar la muerte de Warishewe: "Espera."

Warishewe, ese *shamatari* ahora inerte, cadáver en pudrición hasta que lo cremen, yace muerto; pero hace solo unos días, se ha agitado en el violento orgasmo que ha proseguido la violación y el rapto de la mujer de Hukobatawe.

Hukobatawe y su familia esperan con miedo una posible incursión armada de los fieros *shamatari*. Dos lunas después, el río bajo, en el caliente final de otro día sin lluvia de comienzos de la temporada seca, la madre de Hukobatawe se columpia en su hamaca en Bishaasi. Un viento repentino arremolina el polvo blanquecino de la plaza central de la vivienda comunitaria, donde Hukobatawe y su familia se han trasladado a vivir buscando la protección de los guerreros más feroces de Bishaasi. Saben que el viento no trae nada bueno.

Lejos, en el territorio *shamatari*, se eleva el canto de un chamán que, erguido, vibra, mientras los espíritus salen de su pecho manchado de mocos verde-rojizos de droga. Busca a quién devorar. Quiere, con su poder chamánico, vengar la muerte de Warishewe. En forma de espíritu va en el viento. En Bishaasi los chamanes corren a increpar los espíritus que soplan en ese vendaval maligno. La madre de Hukobatawe (en buen estado de salud, y en ese momento, olvidada de las amenazas) se columpia en su hamaca, y ya el espasmo de la muerte paraliza a la vieja. Hukobatawe exclama: “¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!”. En una nota repetida y luego tres tonos más bajo. A ese canto o lamento se añaden las voces de otros parientes que ya rodean el cadáver de la vieja.

*Yo a Bishaasi vine al justo tiempo, a la angosta ocasión en que el combate escaló del flechazo que derrama sangre, a la muerte chamánica: el crimen que devora el alma.*

Cantan el dolor con armonías de rezo. En la oscuridad frente al *chinchorro* de la muerte rodeado de parientes, dos viejas ejecutan un ritual: sostienen maracas en cada mano, avanzan cuatro o cinco pasos ágiles en la punta de los pies, arriba de los hombros y luego, dos o tres pasitos hacia atrás. Como duendes o como gruesas sombras sin peso, participan en el llanto pero desconectadas entre sí, a no ser por la similitud de los gestos. El resto de los dolientes ignoran estas dos oficiantes del llanto. ¿En sus gestos rituales, acaso se defienden solas de su propia muerte?

Toda esa noche, el lamento perdura. Trato de entender el orden del sonido. A ratos, todos parecen cansarse al unísono. Antes de despuntar el alba, retoman vigor los llantos y preparan leña. El chamán mayor va y viene organizando la pira. Los demás chamanes y el líder político, armados de

amarra en grupos de tres, largas plumas tiesas, rojo asalmonado en una cara y azul saturado de cobalto en la otra: guacamayo.

Yo sueño que Hukobatawe se queja de tener demasiadas mujeres y pocas hamacas, y que alguien me hace cosquillas hasta ahogarme. Grito. Sin querer, despierto conmigo a un buen número de vecinos de sueño. Les divierte la naturaleza de mi sueño; pero no creen que los extranjeros sueñan.

“Los brujos sí, ellos sueñan porque copulan poco”, me dicen. Están más dispuestos a creer que, ya que mi chinchorro se encuentra en el primer lugar después de la entrada viviendo desde el río, algún Yanomami enemigo me ha flechado en la oscuridad.

Volvemos a dormir.

Los gritos estridentes de un chamán armado, de pie a dos metros de mi cabeza, me despiertan mucho antes del alba; pero Hukobatawe se para al unísono y ya está en cuclillas a los pies del chamán, dialogando ese ritual oratorio nocturno. Aunque la noche apenas destiñe, ya todos los fuegos han sido atizados y muchas hamacas cuelgan vacías. Terminado el ritual, Hukobatawe se encucilla más cerca del fuego, mientras una esposa le refriega el cuerpo con onoto. Su sombra se recorta contra el chisporroteo del fuego; tiene el pene y los testículos pequeños, y todo el cuerpo de músculos prominentes y duros. No parece Yanomami, cuyas contexturas son, a menudo, menos rígidas, más felinas o flexibles. Sobre la pintura roja uniforme que cubre casi enteramente su piel, la mujer le inscribe con negro, líneas verticales ondulantes. Hukobatawe se atavía con trofeos de pájaros que él mismo ha cazado: se ajusta brazaletes de paují negro, con plumas cortas en un colgajo y otras en grupos, tiesas y largas, rojas por un lado y azul por el otro, rectas hacia arriba sobre cada bíceps.

El Orinoco, al amanecer, se desmenuza en neblina. Un tejido de humo se levanta lentamente, y entre la vegetación aletargada, flotan vapores. Antes del sol y la violencia de las chicharras, hay un presente detenido en un instante: el Orinoco, culebra gigante, se desprende de la noche. Por un momento, no hay tiempo; hay peso, músculo que se vuelca sin velocidad.

Como el chamán Yanomami (a veces, en la violencia del yopo, detiene los gritos y el temblor exagerado de las plumas coloridas que cuelgan de sus orejas perforadas, detiene los alaridos, el aspaviento y el desenfreno, para, inmóvil, imitar el singular canto de un solo pajarito que él escucha, en su alucinación, muy lejos, en el corazón del monte) el Orinoco, cuando la noche despeja, se queda un momento, unos segundos congelados, permanece, dura una eternidad. El Orinoco vive.

Una vez despierto, cierro los ojos y enciendo el blanco abismo redondo que vivifica lo frontal de mi cerebro. En ese blanco hay algo específico y completo, termina en un límite que es otro campo de blanco en sí mismo. Mil fronteras se abren: el paso de la noche al alumbramiento del fósforo. Cada día quiero descifrar ese blanco; quiero hacerlo viajar mi cuerpo y consumir amarras. Quiero la médula que no se agota; o un borde redondeado de algo luminoso que nunca está entero.

(Una representación geométrica de esta luz, es el círculo o la esfera, pero exhibe un comportamiento concéntrico, de ahí la espiral).

El grupo de llorones crece, pasean los huesos calcinados y repiten el ritmo de su llanto. Siete jóvenes de cuerpo pintado, ataviados de plumas y armados de arco y de flechas, con plumón blanco en la cabeza, irrumpen corriendo y gritando desde el otro extremo de la vivienda comunitaria, en un recorrido circular y violento. Algunos van tirando la cuerda de sus arcos, y dejándola golpear secamente el madero. Otros acarrean un tronco ahuecado de unos dos metros de largo y veinticinco centímetros de diámetro, como una tosca canoa, pintada con onoto rojo, y como único ornamento, flores blancas en los extremos de la perforación alargada. Este vistoso grupo corre con estridencia hacia los llorones, trayendo también grandes hojas de plátano brillantes, y dos palos largos de dos metros y siete centímetros de diámetro, también enrojecidos de onoto. Los objetos son depositados entre los llorones en cuclillas, quienes, en reacción, aumentan el caudal de quejidos. Algunos de los jóvenes oficiantes ataviados, forran el hueco del tronco con las hojas que han traído. Otro vierte los huesos dentro del hueco. La vieja que antes los ha llevado en un canasto en procesión circular, ahora cae por tierra y refriega sus manos y su rostro cubierto de lágrimas contra el rojo del madero

que ahora contiene los huesos chamuscados de su madre. Las pocas ropas que a ella pertenecieron, su piel y su propia carne, las maracas y canastos, se fueron en el humo, se quemaron en el fuego ritual, en la mañana que ha proseguido a su muerte. Ahora ya no quedan sino esos pocos huesos que dos hombres ataviados muelen con la más total indiferencia, sirviéndose de los dos palos largos que hacen girar al aplastar. Los otros oficiantes están de pie, más atrás, impasibles, erguidos, sosteniendo sus armas. Los parientes más cercanos gritan a cada crujido de los huesos que se pulverizan. Terminada esta tarea, una maraca grande con sopa de plátanos y un pariente cercano y líder político de la comunidad, vierte sobre el líquido, algo de esa cal gris verdosa de los huesos, que flota hasta que la revuelven. La beben los más próximos. Otros traen una palangana grande con mucha sopa de plátanos, que vierten en el tronco ahuecado después de retirar las hojas. Algunos hombres se inclinan sobre éste y beben directamente, apurando el líquido con las manos, hasta chupar los dedos. Algunas mujeres beben de maracas pequeñas mientras lloran. El esposo de la hija mayor de la difunta, sin una expresión en su rostro, antes gemía y ahora se abalanza sobre el espeso líquido, traga y lame lo que se escurre entre sus dedos como garras. Ciertos trozos de hueso demasiado grandes permanecen al fondo.

Los que antes emplumados y con parsimonia se han ocupado de la molienda, vuelven a su tarea hasta remoler cada partícula, y ofrecen la punta de los palos enbadurnados de plátano y polvo de huesos a Hukobatawe, quien los limpia con la lengua, langüetea sus propios labios e ingiere, para que ni un solo átomo permanezca. En el tronco ahuecado añaden *carato* de plátanos, y lo vuelven a comer todo. El tronco y los palos moledores son destrozados a hachazos por uno de los oficiantes, y junto con las grandes hojas que han utilizado en la molienda inicial, van a un fuego ya atizado. Todo se va en el humo, incluso añaden un canasto que la vieja ha acarreado pendiente de una corteza sobre la frente, para que su espíritu lo lleve de la misma manera, ahora que retorna a la selva. La humareda es densa y las llamas cortas, pero eficaces, en el mismo lugar frente a donde vivía y murió, exactamente donde hace algunos días, otro fuego ha quemado su cadáver. Los

oficiantes esperan erguidos, orgullosos e indiferentes junto al fuego, confundidos por el humo, separados por planos más o menos grises, por la humareda más o menos espesa. Por una apertura en el gran paravientos circular, el sol despunta entre la selva verde joven y cielo azul límpido. Algunas excreciones del sol cortan en líneas rectas el humo. Los parientes que todavía lloran bajo la oscuridad del paravientos, ya no tienen ni una sombra, ni un reflejo de su deudo. Absolutamente todo lo que era su persona física ha sido consumido, y sus escasos bienes ya se han quemado o están ahora en ese fuego que dura, rodeado de silencio. Han puesto sobre el fuego el canasto mismo que ha contenido los huesos. Hay un vacío. Nos miramos. Esa persona de la cual nada tangible permanece, está presente. Percibimos este ser que perdura más allá de todo objeto, símbolo o imagen que podrían traérselo a la memoria. El sonido mismo de su nombre debe olvidarse, reabsorberse en el lenguaje, jamás ser proferido. Los Yanomami quieren la invisibilidad total para sus muertos, y de este modo, logran liberar al espíritu en su camino a la selva o el *comuco*. Un espíritu sin imagen afirma su propio transcurrir.

De pronto, en silencio un hombre trae cantidades de carne previamente ahumada (*váqui*, *paiji*, *cachicamo*) y la distribuye y ata concienzudamente sobre tres canastos grandes repletos de pijiguao, bajo el ojo vigilante de los demás. Extrañamente, la muerte es unida con comer carne. Los canastos son transportados colgando de una corteza seca y ancha alrededor de la frente de un joven, hacia tres puntos distanciados bajo el paravientos. Allá, el jefe de familia desata la carne, la corta y la reparte a sus próximos en parentesco y en el círculo de la vivienda (ya que la ordenación en el edificio expresa la estructura social), junto con una cantidad de pijiguao. Todavía algunos despojos arden y ya entierran los dientes en la sabrosa carne.

Un lugar blanco y redondo se abre en lo frontal de mi cerebro. Son excreciones de luz que se reúnen vagamente en círculos, la intensidad de una espiral o la paz infinita del color violeta. Los blancos son presencias saturadas; no superficies, sino densos líquidos donde mi ojo interior se desplaza en un medio que también se desplaza. Quiero

entrar en el blanco espacio de mi conciencia vacía. Desprendido de lo doméstico, en silencio penetro otra química,  
otros impulsos transitan las áreas del cerebro, otra velocidad.

## EL SHIBONO ABANDONADO

traducción: Edwin Edwards

El bosque para nosotros / el río, el hombre y sus obras/ el sol aparece por el Este, en el Oeste desaparece/ en el Este el agua se remonta/ el agua se derrama hacia el Oeste y desaparece/ estas son las dos fronteras del mundo/ Este y Oeste/ entre las fronteras del mundo/ agua y sol/ Este y Oeste/ Hubo un día en que un trozo de cielo cayó a la tierra desde el disco celeste donde viven los espíritus/ parte de la tierra se derrumbó/ la gente que allí vivía cayó a través de ella de modo que ahora hay un mundo bajo éste/ el mundo de los (<sup>AMAHIRI</sup> Yanimani)/ el mundo de los (<sup>AMAHIRI</sup> Yanimani) es como el otro, solo que es húmedo,, podrido/ cuando la serpiente endemoniada 'mayorí' mira hacia abajo desde su morada en el arco iris, lanza todo tipo de males al mundo/ los chamanes lanzan sus enfermedades hacia abajo a los 'amahiri'/ a veces los 'amahiri vienen y roban las almas de los hombres/ entonces los chamanes deben descender a este mundo húmedo y podrido para rescatar el alma de los hombres// las grandes viviendas comunales de los indios Yanimani del alto Amazona se llaman 'Shibonos'/ estas son grandes mediéguas circulares abiertas en el centro sobre un patio central/ esta vivienda humana es una réplica del gran domo del cielo donde habitan los espíritus/ el mundo del hombre es un gran disco plano/ sobre este disco, y en una curva que llega hasta el horizonte, está el mundo del espíritu/ aquí vive el trueno, los relámpagos y los espíritus elementales// estados con ambiciones políticas tales como los Astecas y los Incas, edificaron en piedra enormes estructuras permanentes/ pero los 'Yanomani', como otras tribus amazónicas, concibieron otra forma de ocupar el paisaje natural/ los Yanomani tejen edificios livianos y flexibles de materiales perecibles obtenidos en los bosques vecinos/ saben muy bien que este tejido a la larga se pudrirá y que tendrán que armar otro techo circular en otro lugar de la selva virgen/ la actitud de los indios es ocupar un lugar solo durante el tiempo que determine la duración de los materiales de construcción, lo que crea una arquitectura que participa del propio flujo de energía del bosque/ el techo del Shibono es como la piel, no la piel de un solo humano o un solo animal, sino la piel que usa la comunidad entera/ como la piel, los Shibonos encierran los órganos funcionales del cuerpo de la comunidad, y permiten en forma selectiva que el mundo exterior entre y salga/ hay una belleza en el Shibono que se está erigiendo; el olor de las hojas de palmera recién cortadas, la energía colaboradora de los constructores; pero es más impresionante el descubrir

un Shibone abandonado, con pastos y arbustos creciendo ~~creciendo~~ en el patio central; con construcciones destruidas, techos perforados que estan siendo reabsorvidos por la jungla; posiblemente la prueba más clara de la sabiduría de estos indios; puesto que ellos no provocan polución, no alteran la armonía prístina de la selva del Amazona con objetos hechos por el hombre/ dentro de la piel se organiza la vida cotidiana; la parte principal del refugio es la columna soportante donde se producen los acontecimientos de la vida social./ los chamanes ocupan casi todos los Shibonos/ cerca de la mitad de los adultos de cada Shibono son chamanes; ellos son los protectores de la comunidad y estan comprometidos en una lucha constante contra los males provenientes del mundo de arriba, las emboscadas del alma que llegan del mundo inferior, y el poder de los celos <sup>de los chamanes de</sup> las comunidades vecinas ~~(de chamanes)~~ salmodeando, usando plantas halucinógenas y danzas, el chaman puede viajar mas allá de los confines del mundo del hombre/ en el mundo de arriba y de abajo puede ver lo que es invisible para el no-iniciado - los peligros personificados que infestan la vida de los Yanomani - en tanto, oculta bajo la piel de los Shibones está el área en que transcurren los acontecimientos cotidianos - vida familiar, rutina doméstica - aquí se transforman las materias primas encontradas en la selva - se modelan objetos, se cocinan alimentos/ loa anillos concéntricos de la actividad estan intersectados por las relaciones de familia, descendientes y matrimonio, de modo que, las familias reconocidas como descendencia de varones dividen el Shibono en forma diagonal/ cada segmento se asigna a un linaje diferente y esta distribución es la versión gráfica propia de los Yanomani en cuanto a los ~~sistemas~~ <sup>registram</sup> de parentesco que los antropólogos ~~(registran)~~ mas allá de la piel de los Shibones estan los jardines y la selva; los Shibones y el jardín definen el espacio humano/ pero la selva es un mundo salvaje habitado por animales, demonios, espíritus y fantasmas/ desde los Shibones irradian senderos; caminos que se toman para la caza, la pezca, el ramoneo/ forman un sistema de comunicaciones que unen las diversas aldeas Yanomani/ los Yanomani cazan, pescan y recolectan frutas silvestres/ y estos alimentos suministran la energía y las proteínas que necesitan para vivir y trabajar/ los Yanomani son gente pequeña/ los varones tienen un promedio de 1,53 m de altura y de 48 kilos de peso, de acuerdo a estudios antropológicos/ las mujeres son un poco mas pequeñas/ este tamaño reducido no significa deficiencia nutricional / es una adaptación biológica y genética al entorno selvático/ con su pequeña estatura, con sus eficientes habilidades pueden explotar el medio en forma efectiva para satisfacer sus necesidades calóricas y protéicas; de hecho, aparentemente consumen casi tres veces la cantidad de proteína que realmente necesitan/ los Yanomani no necesitan trabajar mucho ni mucho tiempo para satisfacer sus necesidades materiales/

basta con tres o cuatro horas diarias, es decir, uno de los períodos de trabajo más breves involucrados en actividades económicas en todo el mundo; esta sociedad primitiva es mucho más relajada que cualquier estado industrial moderno y mucho más eficiente// cuando las aguas están bajas, cuando abunda la caza, cuando el trabajo es fácil, el Yanamani no solo caza para sí mismo sino también para celebrar grandes fiestas para sus aliados y Shibonos vecinos/ las aguas de los ríos han disminuido y las lagunas se han convertido en simples posas verdes donde los animales merodean y son fácilmente cazados y sacrificados/ hay mucho que cocinar y que limpiar/ los niños andan por ahí ayudando/ tienen obligaciones / preparan la carne para cocinarla/ una carne que ritualmente les está prohibido comer/ <sup>(¿verdadero?)</sup> porque dar es un placer diferente que <sup>(el)</sup> recibir/ los cazadores y los carneadores ofrecen sus servicios a otros/ los Shibonos se preparan con anticipación para la llegada de los huéspedes/ la fiesta ceremonial es el acontecimiento que activa la mayor cantidad de funciones de este complejo espacio dentro del Shibono/ los visitantes llegan luciendo sus mejores galas - plumas y pinturas corporales - entran al Shibono cautelosamente, ceremonialmente, porque pueden existir fuertes suspicacias entre aldeas/ el aliado <sup>(¿temeroso?)</sup> de esta estación puede llegar a ser el enemigo de la próxima <sup>(¿temeroso?)</sup> estación, sobre todo si no se observa la elaborada etiqueta que rige en la fiesta/ o si alguna de las comunidades recibe un insulto/ los visitantes deben esperar inmóviles una invitación del huésped/ las mujeres visitan discretamente a sus parientes / jugando en las hamacas de los huéspedes, los hombres observan inexpresivos la comida que ofrecen a los huéspedes mayores/ se degusta el alimento crudo/ hay una sopa hecha de bananas denominada 'yanamani' que es una especialidad culinaria/ los visitantes aceptan la comida y con esto empieza la fiesta/ los visitantes van danzando en fila alrededor del patio central/ los muchachos y las muchachas se miran/ luego los muchachos de la aldea anfitriona realizan danzas individuales en que demuestran su habilidad personal, su fuerza, su coraje y su arte/ por otro lado, los chamanes divierten al caer en trance y demuestran su poder tanto en otros mundos como en este/ durante esta fiesta el jefe espiritual de la comunidad anfitriona se enferma/ el chamán visitante ofrece una curación/ aun cuando implora a los espíritus a través de cánticos a que abandone a su aliado el anfitrión, no tiene éxito/ varios días más tarde, el chamán del Shibono del anfitrión que entiende este mal, gruñe y aulla hasta expeler el espíritu invasor del cuerpo del enfermo/ la totalidad de los chamanes se concentran hasta llegar a un punto álgido, resultó/ el espíritu fue expulsado/ el anciano se recupera y batalla contra el espíritu indeseable/ los chamanes lo acompañan/

el logra expulsar a los espíritus endemoniados de la aldea y mandar-  
los a que contaminen a los 'anacari' que viven en el mundo inferior/  
esta ha sido una buena fiesta, mejor de lo que se pensó y es posible  
que se produzcan matrimonios entre las dos tribus/ los Yanimani con-  
sideran que las tomas fotográficas son otro tipo de invasión del es-  
píritu/ como la captura del alma de los Yanimani que los 'anaheri'  
habían usado/ los vide<sup>AMIHIRI</sup>os, con su capacidad de reproducción instan-  
tánea les anulan otras funciones/ círculos cercanos que actúan como  
espejo, alcanzando espacios y reflejando nuestra propia imagen/ los  
chamanes inhalan frecuentemente halucinógenos y se mobilizan por el  
universo que está involucrado en forma invisible con los Shibonos/  
echando fuera los espíritus malignos que amenazan la vida de los Ya-  
nimani/ pero hay otro peligro que es cuando los chamanes se ven im-  
pedidos de volver/ aun en su visión amplificada/ la cultura Yanimani  
existe no solo dentro de los chamanes sino también dentro de la ma-  
ravillosa piel de sus Shibonos/ según la historia que se recuerda, los  
Yanimani se refugiaron de sus enemigos detrás de los rápidos del Ama-  
zona donde la civilización no tenía interés de llegar/ no tenía in-  
terés hasta que los geólogos descubrieron minerales útiles en este  
punto del mundo/ el futuro de los Yanimani es incierto puesto que  
no podrán hacer retroceder los espíritus del mundo industrial/ el  
apetito como la insistencia de tecnología social están haciendo el  
mundo a su propia imagen.

## EATING THE SPIRIT

Hukobatawe proceeds ten meters, turns, selects an arrow, draws his bow and aims with precision. His body, tiny in comparison with his tall weapons, is surprisingly strong; only the small apron of his red loincloth rivers. Hukobatawe is all decision: at that moment his eye sharpens, unwavering.

Waves of mosquitoes fill the hot atmosphere. One notices the crickets, or the phosphorescent gleam of a lizard crossing the high bank against which the river Orinoco, overflowing in this rainy season, turns and receives its tributary, the Mayaca - whose basin in the country of Warishewa the Shamatari. He squats there now, oblivious of the precise arrow already released by the firm hand of Hukobatawe. The straight reed shaft, full two meters in length, penetrates the air with its poisoned tip, guided in a helicoid path by the cunningly curved feathers of its tail. Twirling, it buries itself in the naked torso with a sharp crack like the sound of the string striking the bow; before the scream, already the bright blood is streaming over the shuddering skin and the green grass.

Hukobatawe flees, while the Shamatari promise him they will avenge the death of Warishewa: "Wait!"

Warishewa, that Shamatari now an inert, putrefying corpse awaiting cremation, lies dead; but only a few days ago his body shook in violent orgasm after the abduction and rape of Hukobatawe's wife.

Hukobatawe and his family await in fear a possible armed incursion by the fierce Shamatari.

## EATING THE SPIRIT

Two moons later, the river is low, at the beginning of the dry season. In the hot waning of another day without rain, a sudden gust of wind raises swirls of whitish dust in the central plaza of Bishaasi, the communal dwelling to which Hukobatawe and his family have moved, seeking the protection of the fierce Bishaasi-teri warriors. They know the wind brings nothing good.

Far away, in Shamadari territory, rises the song of a shaman who stands erect and shaking while the spirits emerge from his chest - a chest stained with the reddish mucus of drugs, streaked with green. He is seeking whom to devour. With his shamanic power, he wants to avenge the deage of Warishewe. In the form of a spirit, he rides the wind.

In Bishaasi, the shamans hasten to rebuke the spirits who blow in on that strong ill wind. As Hukobatawe's mother - in good health and momentarily forgetful of the impending threat - swings in her hammock, already the death spasm paralyzes the old woman.

Hukobatawe exclaims "Mother! Mother! Mother!" - on one repeated note and then again three tones lower. To that chant or lamentation are added the voices of other relatives who already surround the old woman's corpse.

It was during that period that I arrived in Bishaasi - at the very stage when the conflict escalated from the snot that spilled blood to shamanic death, the crime that devours the soul.

~~They sing their sorrow in prayerful harmonies.~~

They sing their sorrow in prayerful harmonies. In the darkness, before the death hammock surrounded by relatives, two old women perform a

## EATING THE SPIRIT

rite: holding a gourd in each hand, they advance four or five nimble steps on tiptoe, bend their arms at the elbow to lift both objects higher than their shoulders, and then take two or three small steps backward. Like goblins or like thick shadows without weight, they participate in the lament and yet are distinct from each other except for the similarity of their gestures. The rest of the sorrowing people ignore these two officiants. - By their ritual gestures, are they perhaps defending themselves alone against their own death?

All night long the lamentation continues. I try to understand the order of the sounds. From time to time, everyone seems to get tired all at once; yet before daybreak the wailing rises afresh, and firewood is prepared. The chief shaman comes and goes, organizing the pyre. The other shamans and the political leader, armed with bows and arrows, form a squatting line between the corpse-bearing hammock and the pyre which is already burning near the center of the communal dwelling.

The shouts increase, and two men come out of the shadows, from the place where death has occurred, carrying by the armpits and knees the shrunken body - naked, stiff, with sallow wrinkled skin. One hand of the dead woman falls loose and gesticulates with inanimate clumsiness in the air. The corpse is swung at arms' length and flung on the burning pyre, face down. Quickly, wood is arranged over the exposed back, between the flames and the smoke. The mourners squat around and scatter over the fire all the belongings of the deceased; they pull out her tobacco, leaf by leaf, and break the black calabash in which, only a few days since, I saw her carrying back water from the river. A basket bounces on top of the heap of sticks and rolls intact toward the side. One of the weeping dancers,

## EATING THE SPIRIT

who has been repeating through the night the little forward and backward steps with bending of elbows, breaks her rhythm, picks up the basket and returns it to the fire. The smoke increases, changes color, turns transparent, and becomes hotter, to judge by the optical distortion it produces, from my point of view, on that part of the circular roof directly behind the fire. That body, with its pendulous breasts - great folds of skin almost separated from the skeleton - persists clearly in my retina as it turns in the air to fall face down upon the blazing wood. Right now, <sup>etched</sup> inscribed in green, I see it, arrested at the instant when it crosses the smoke. I shall always see that image!

When the men return at dusk from a long hunt, a short file of relatives is parading, in a tightly woven basket, the calcined bones of the deceased. In prayer or rhythmic chant, they go three times round the circular communal dwelling. The men, moaning softly, walk armed with bows and arrows; the women mourn<sup>2</sup> as they advance and retreat with rhythmic steps on tiptoe<sup>2</sup>, with bent knees and quick, repeated raising of bent arms.

In darkness, before going to sleep, Mukonatawe prepares his gear for the funeral rites of the following day. He puts twigs of annatto\* to soak in a gourdful of water, and ties together, in bunches of three, long stiff macaw feathers, salmon red on one side and cobalt blue on the other.

---

\*Annatto - achiote - Bixa Orellana L. Bixaceae.

## EATING THE SPIRIT

I dream that Hukobatawe is complaining of having too many women and too few hammocks, and that someone is tickling me till I suffocate. I scream, involuntarily waking up a good many neighbors from sleep. The nature of my dream pauses them, though they don't believe that foreigners do dream. "Sorcerers do, yes - they dream because they don't copulate much," they tell me. They are more disposed to believe that, since my hammock is found in the place nearest the entrance coming from the river, some enemy of the Yanomani has shot an arrow at me in the darkness.

We go back to sleep.

Long before dawn, the strident shouts of an armed shaman standing two meters from my head awaken me. Hukobatawe too is awake, and there he is, squatting at the shaman's feet, already reciting that nocturnal ritual prayer. Although the night is hardly over, all the fires have already been stirred up and many hammocks hang empty.

Once the prayer is over, Hukobatawe squats closer to the fire while one spouse rubs his body with annatto. His shadow delineates itself against the hissing fire: he has small genitals, and hard muscles bulge all over his body - he does not appear Yanomani, whose frame and structure are often less rigid, more feline or flexible, than his. Over the uniform red stain which covers his skin almost entirely, the sun has inscribed black, undulating, vertical lines. Hukobatawe completes his costume with trophies of birds he himself has hunted: he puts on armbands with short black pauji\* feathers hanging in a bunch, and other bunches of

---

\*Pauji cola blanca - *Cyanus alcyon* (Cuculidae), a large black bird, often domesticated.

## EATING THE SPIRIT

long stiff macaw feathers, red on one side and blue on the other, standing straight up over each biceps.

At daybreak, the Orinoco <sup>melts</sup> dissolves into mist. A tissue of smoke rises slowly, and vapors float among the drowsy vegetation. For an instant, before the sun and the violence of the crickets, time is arrested, as the Orinoco, like a giant serpent, breaks loose from the night. For one moment there is no time; there is weight, muscle that uncoils without haste.

The Yanomami shaman, at times, in the midst of his violent *yopo*\* trance, stops his shouting and the exaggerated shaking of the colorful feathers that hang from his pierced ears - stops his shrieking, his unbridled vehemence - to imitate, motionless, the unique song of a single little bird, far away in the heart of the jungle, which he hears in his hallucination. Just so the Orinoco, as night disperses, pauses for a moment, for a few frozen seconds - yet remains; it endures an eternity. The Orinoco lives.

The group of mourners is growing; they parade the calcined bones, repeating their rhythmic dirge. Seven young men whose painted bodies are ceremonially decorated with feathers, with a white plume around the head, armed with bows and arrows, burst in, running with shouts from the other end of the communal dwelling in a violent circle. Some keep drawing the strings of their bows, twanging them sharply against the wood. Others carry a hollowed-out log about two meters long and twenty-five centimeters in diameter, like a rude canoe, stained with red annatto, its only ornament the white flowers at each end of the long channel. This

---

\**Yopo* (Ebene kéhe) - *Anadenanthera peregrina*, a hallucinogenic drug.

## EATING THE SPIRIT

~~COLORED GROUP RUNS WITH A GREAT CLAMOR TOWARDS THE~~  
colorful group runs with a great clamor towards the mourners, bringing along large shiny plantain leaves and two stout poles, two meters long and seven centimeters in diameter, which are also stained with red annatto. These objects are deposited among the squatting mourners, who react with an increased torrent of groans. Some of the young plumed officiants line the hollow vessel with the leaves they have brought. Another pours the bones into the hollow. The old woman who until now has been carrying them in a basket in the circular procession falls to the ground, rubbing her hands and her face wet with tears against the red wood that now contains the charred bones of her mother. The few garments that belonged to her, her skin and her very flesh, her gourds and baskets, all have gone up in smoke, burnt in the ritual fire during the morning after her death. Now nothing remains but these few bones - which two officiants are grinding with the utmost indifference, using as pestles the two stout poles, rotating them as they press. The other officiants stand behind them, impassive, erect, holding their weapons. The nearest relatives shriek at each crunch of the bones that are being pulverized.

This task completed, a large calabash of plantain soup is brought; a close relative, a political leader of the community, casts over the liquid some of that greenish-grey lime dust of the bones, which floats until it is stirred. The closest relatives drink it. Others bring a large tub with plenty of plantain soup, which they pour into the hollow vessel after removing the leaves. Some of the men lean over this and drink directly, scooping up the liquid in their hands and even licking their fingers. Some of the women drink from small gourds, weeping the while. The husband of the dead woman's eldest daughter, with expressionless countenance, no longer moaning, now swoops down upon the thick liquid, gulps it, and licks

## EATING THE SPIRIT

~~WHATEVER TRICKLES BETWEEN HIS CLAW-LIKE FINGERS.~~  
 whatever trickles between his claw-like fingers.

Some overlarge fragments of bone remain in the bottom. The officiants who had previously attended so perfunctorily to the grinding return to their task until every particle is crushed; they offer the tips of the pestles, smeared with plantain and powdered bone, to Mukobatawe, who cleans them with his tongue, licks his own lips and ingests all, so that not a single atom may remain. They add plantain soup to the hollow trencher and resume eating until it is empty. The trencher and the pestles are hacked to bits by one of the officiants and, together with the large leaves used in the first grinding, go into a fire already poked up. Everything goes up in smoke; they even add a large pack basket that the old woman used to carry *xilungunfiam* hanging from a bark tumpine slung over her forehead, so that her spirit may carry it in the same way, now that it is returning to the jungle.

The smoke is dense, the flames low but intense, in the very same place, close to where she lived and died, exactly where a few days ago another fire consumed her corpse. The officiants wait, erect, proud, indifferent, near the fire - obscured by the pall of smoke, placed on different planes of lighter or darker grey by puffs of smoke of varying density.

Through an opening in the great roof, the sun emerges between the young green jungle and the clear blue sky. Some beams of sunlight cut the smoke in straight lines. The relatives who still weep in the gloom under the roof are already without so much as a shadow - not even an image of their kinswoman. Absolutely all that was her physical person has been consumed; her scanty belongings have already been burnt or are now in that

## EATING THE SPIRIT

fire whose embers still glow in silence. They have put in the fire the very basket which has contained the bones.

There is a void. We look at each other. That person of whom nothing tangible remains, is present. We perceive this being who endures beyond any object, symbol, or image that could bring her to memory. The very sound of her name must be forgotten, absorbed again into the language, never to be pronounced again. The Yanonami want total disappearance for their dead; in this way, they succeed in liberating the spirit on its way back to the jungle or the vegetable patch. A spirit without an image can be sure of its own transience.

Suddenly, in the silence, a man brings quantities of smoked meat - ~~tatatawé, paruri, shamaé~~ under the watchful eyes of the others, he distributes it, tying it carefully over three large baskets full of *nashá*.\* It is curious how death is linked to the eating of meat. The baskets are taken to three separate points under the slightly domed roof by a young man who carries them hanging on a wide tupline strap of dried bark slung across his forehead. There the head of the family unties the meat, cuts it, and divides it among his nearest relatives and kindred in the circle of the dwelling (for the positioning in the building reflects the social structure), along with a certain amount of the *nashá*. Even while some remnants of the deceased still smolder, already the mourners are sinking their teeth into the savory meat.

---

\**Tatatawé*: *Dryotiles tajacu*; *paruri*: parji, a fowl; *shamaé*: *capinus terrestris*; *nashá*: fruit of the palm tree, *palma piquao*; *Guilielma gasipaés*: *Bactris gasipaés*.

## TOROKOIWA

### EL CAIMÁN CON LA RISA DE FUEGO

Nueva York en 1975, me di cuenta que estaba aburrido de grabar más cintas de vídeo de la vida americana, porque descubrí que me gustaría que alguien me comiera.

Ser devorado por los caníbales es un tipo de arquitectura. Yo quiero conocer a los cazadores de cabezas, quiero convertirme yo mismo en un cazador de cabezas. Yo quiero ir a las fuentes del río Amazonas. Yo quiero descubrir mi corazón entre algunos indígenas de la selva amazónica. No como un sacrificio de mí mismo, al menos en forma consciente, sino como una demostración de la arquitectura fundamental. Habitar, residir tanto física como espiritualmente dentro de los seres humanos que eventualmente me comerían.

Deseaba tan apasionadamente el ser devorado, que mucho antes en Nueva York, ya había ritualizado mi encuentro con los caníbales.

“Oye, déjame salir de aquí.”

Pero, conocí a los indios Yanomami que no son caníbales, porque se comen a sus seres queridos ya muertos con objeto de asegurar la inmortalidad del amado difunto.

Estaba yo enfermo grave de malaria una vez, y un Yanomami me confesó que me quería tanto, que me comería si yo me moría.

¿Era eso amor verdadero? ¿Es ésto la cumbre de la arquitectura funeraria?

O bien soy un viajero en épocas antiguas, enfrentado a un espectáculo prodigioso, que puede ser ininteligible casi totalmente, y puede en verdad producir en mí burla y disgusto.

O soy un viajero de mi propio tiempo, corriendo en la búsqueda de una realidad desvanecida.

En todo caso yo soy el perdedor, porque hoy día, mientras voy gimiendo entre las sombras, me pierdo inevitablemente el espectáculo que ahora está sucediendo.

*Ama* es el nombre Yanomami para el árbol *Elizabetha princeps*. Ellos queman su corteza y la mezclan con drogas.

“Espíritu, espíritu. Quédate aquí para atizar el fuego.”

Dentro de la nariz, la semilla se reparte; el camino de los espíritus se hace visible.

Los vientos revelan los espíritus.

Sus voces se vuelven luminosas.

La tierra bajo mis pies se convirtió en agua.

“¡No te quedes callado frente a ellos!”

(El origen del fuego)

Cuando los Yanomami todavía no conocían el uso del fuego, comían plátanos y gusanos crudos. Caimán era dueño del fuego, y lo mantenía escondido en su boca. Siempre se escondía para cocinar su comida.

Un grupo de niños encontró un día pedazos de hojas quemadas y de gusanos cocinados. Corrieron a informar a los otros Yanomami acerca de su hallazgo; entonces, rodearon a Caimán e hicieron juguetes para hacerlo reír. La mujer de Caimán recibió un chorro de excrementos en su cara, lo que hizo reír a todos, incluso a Caimán, quien dejó escapar el fuego.

Un pájaro agarró el fuego y salió volando mientras la esposa de Caimán trataba de apagar el fuego con su orina. El pájaro voló y depositó el fuego sobre una rama.

Furioso, Caimán lanzó una maldición: “Ustedes, quienes se apoderaron del fuego, serán devorados por el fuego en el instante de su muerte, cesarán de ser eternos y se quemarán. Yo permaneceré inmortal allí donde las aguas tienen su origen.”

Luego, él y su mujer desaparecieron.

Por esta razón, los Yanomami pueden hoy día obtener fuego del tronco del árbol donde el pájaro lo había depositado hace mucho tiempo. Y ésta misma es la razón por la cual los Yanomami

arco y flechas, se alinean en cuclillas, entre el *chinchorro*, con el cadáver y la fogata que ya arde hacia el centro de la vivienda comunal. Aumentan los gritos y dos hombres salen de las sombras, del lugar donde la muerte ha ocurrido, cargando por las axilas y las piernas, el cuerpo encogido, desnudo, duro y de piel cetrina arrugada. Una mano de la muerta se suelta y gesticula en el aire con torpeza inanimada. Columpian el cadáver con los brazos, y lo lanzan sobre la pira ardiente, cara hacia abajo. Rápido, afirman leña sobre su lomo expuesto entre el humo y las llamas. Los gimientes se encuclillan cerca y dispersan sobre el fuego todas las pertenencias de la difunta: sacan hoja a hoja su tabaco y quiebran la maraca negra, en la que hace pocos días la he visto traer agua del río. Un canasto rebota en la cúspide del montón de palos para rodar intacto hacia el lado. Una de las bailarinas lloronas que desde la noche anterior ha repetido los pasitos de avance y retroceso con doblar de codos, abandona su ritmo, recoge el canasto y lo devuelve al fuego. El humo aumenta, cambia de color, se vuelve transparente y más caluroso, a juzgar por la deformación óptica que produce a esa parte del paravientos circular directamente detrás de la fogata, desde mi punto de vista. Persiste en mi retina, nítidamente, ese cuerpo inscrito de verde, senos sueltos, grandes pliegues de piel separada casi del esqueleto, girar en el aire para caer de boca sobre la leña en llamas. En este instante lo veo detenido, en el instante de traspasar el humo. ¡Veré siempre esa imagen!

Cuando los hombres regresan de una cacería de larga duración, al atardecer, una fila corta de parientes pasea en un canasto de tejido apretado, los huesos calcinados de la difunta. En oración o llanto con ritmo, completan tres vueltas a la vivienda circular de la comunidad. Los hombres con una llantina caminan armados de arco y flechas; las mujeres se quejan, avanzando y retrocediendo. Pasos rítmicos en punta de pies, con rodillas flexibles y rápido, repetido doblar de los brazos en alto.

Antes de dormirse, pero ya en la oscuridad, Hokobatawe prepara su atavío para los ritos funerarios del siguiente amanecer: pone ramitas de onoto a remojar en una maraca con agua, y

quemar a sus muertos, muelen y pulverizan los huesos calcinados, y se comen este polvo del familiar diluido en sopa de plátanos.